



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 30. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes | 10 Agosto 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PAR COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50	Seis meses... 18,50	Seis meses... 9,50	Seis meses... 11,50	Seis meses... 7,00	Seis meses... 14,50	Seis meses... 15,50	Seis meses... 15,50
Tres meses... 8,00	Tres meses... 9,50	Tres meses... 5,00	Tres meses... 6,00	Tres meses... 3,50	Tres meses... 7,00	Tres meses... 8,00	Tres meses... 8,00
Un mes... 3,00		Un mes... 2,00		Un mes... 1,25	Un mes... 2,50		

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con sólo el aumento de 10 por 100, en razon al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª.—BUENOS AIRES: D. Jacobo Peuser.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Traje elegante para baño.—Salida de baño.—Camisa de franela para baño.—Falda de franela.—Sombrero de paja y hule para baño.—Mangas para vestido.—Sombrero Virginia.—Sombrero Celina.—En-tout-cas con cenefa de otro color.—Vide-poche ó cartera para viaje.—Canastilla para ropa de niño.—Ángulos bordados.—Encaje irlandés.—Taburete con cubierta bordada.—Adorno para sillón.—Toalla bordada.—Entredos de tul.—Almohadon bordado.—Estrellas de cinta y trenquilla para ropa blanca.—Cenefa para adornar vestidos.—LITERATURA: En la catedral, poesia, por Luisa Durán de Leon.—La pereza, soneto, por Agustin Lobes.—Estudios geográficos, por Nicolas Diaz y Perez.—Páginas tristes, por Emilia Calé Torres de Quintero.—Cila, por Aurora Lista.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Apuntes biográficos, por Manuel Calvo y Lopez.—Variedades.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. MANGAS PARA VESTIDOS.

La primera, destinada á un vestido de seda, lleva carter de faya y patas de faya y raso de otro color, que dejan pasar un bullonado de gasa; la segunda, destinada á un traje más modesto, va guarnecida con bieses, puntillas y un lazo de faya compuesto de muchas lazadas.

3 Y 4. CANASTILLA PARA ROPA DE NIÑO.

La canastilla es de junco dorado ó barnizado, y mide 18 cents. de altura por 46 de largo y 34 de ancho. El grabado 4, de tamaño reducido, muestra el fondo y los costados cubiertos de cañamazo blanco bordado con algo don encarnado y azul. La cubierta, igualmente de cañamazo, lleva el mismo bordado é iniciales al pasado. Segun nuestro modelo, este bordado se ejecuta á

punto cuadrado sin reves, lo que hace inútil el forro de seda. El dibujo pueden elegirlo nuestras lectoras de entre los muchos que hemos venido dando en números anteriores.

Sin embargo, si se borda á punto de cruz comun, debe forrarse de percalina satinada, cosida al mismo tiempo que el fleco á punto de feston.

5 Y 6. DOS ÁNGULOS BORDADOS.

Estas lindas cenefas con ángulos, que pueden destinarse á mil usos, se ejecutan sobre cachemir, franela, cañamazo Java, ó sobre fondo de crochet, en dos colores, negro y blanco, sobre encarnado ó azul; uno ú otro de estos dos colores con negro mezclado de blanco.

len capullos de acianos formando colgantes. El biés va retorcido y sujeto por delante con una hebilla de acero. Ramo de flores campestres y una cinta azul claro anudada atras completan el adorno.

El núm. 9 está destinado para acompañar á un traje de campo ó playa, y debe armonizar con los colores y adornos del traje, si bien que los del sombrero pueden mudarse cuando se quiera, pues consisten en una ruche hecha con dos tiras de tela picada del borde, de 10 y 8 centímetros de ancho, sujetas en su extremo á un lazo de cinta.

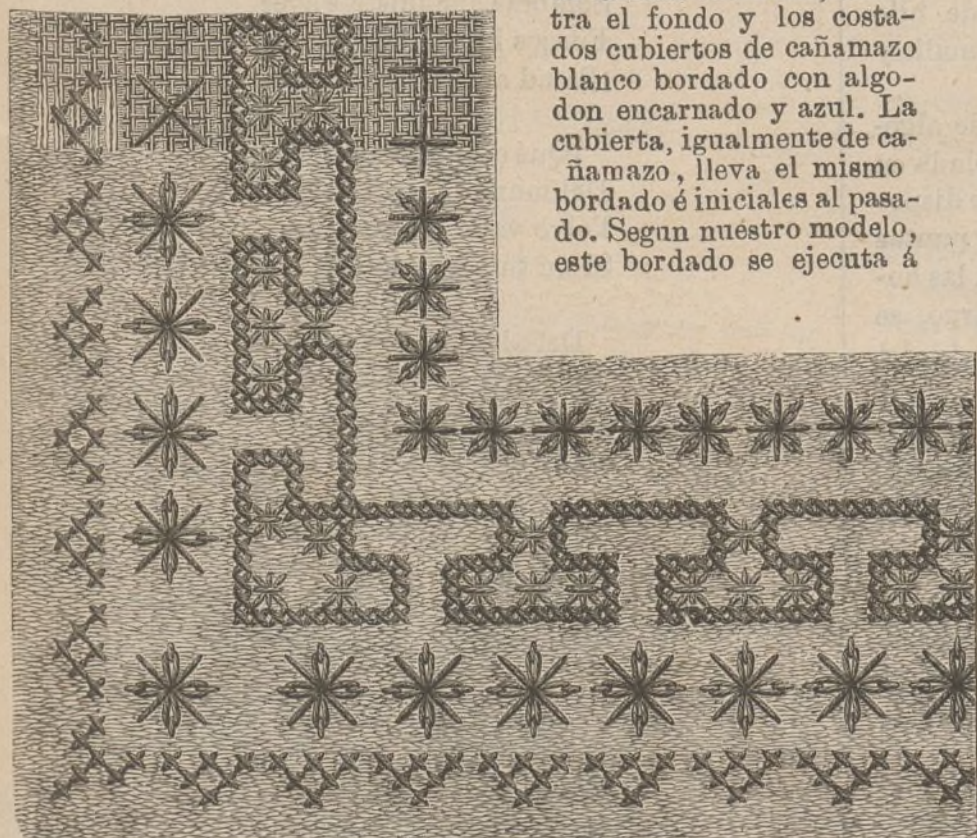
Así es fácil levantar este adorno y ponerlo de otro color, ó bien colocar en su lugar una guirnalda de flores. El modelo está adornado de azul claro y el ramo es de flores del campo.

10 Y 11. TABURETE.

Está bordado á la cruz. La montura, de forma octógona muy elevada, se halla enteramente oculta bajo una cubierta, cuyo modelo típico está representado de tamaño natural en el núm. 11, que dá el fondo completo y parte de la cenefa. El fondo es caroubier y el motivo bordado en negro, verde, azul y amarillo con lanas sobre cañamazo Java. Para que los puntos no salgan demasiado apretados, en vez de cruzar el punto se tiende una hebra de un lado al otro, que al volver se cubre con un medio punto. Los puntos aislados deben ser cruzados, y lo mismo los remates de las hojas y las flores. Se rodea la tapicería con un cordon dispuesto en lazadas en los ángulos, como muestra el núm. 10.

12. ADORNO PARA SILLON BORDADO DE COLOR CON APLICACIONES.

El conjunto de la cenefa consiste en una tira en el



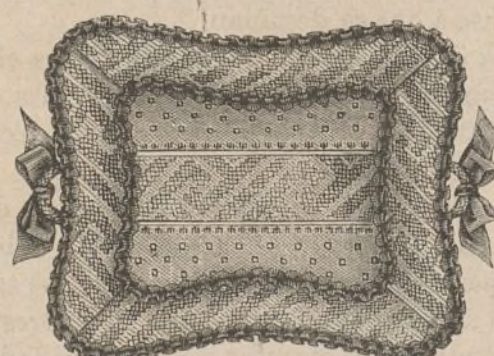
5. Angulo bordado.



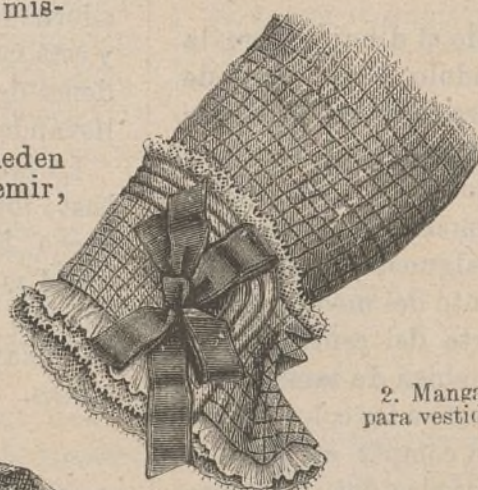
1. Manga para vestido.



3. Canastilla cubierta para ropa de niño.



4. Interior de la canastilla.



2. Manga para vestido.

7. ENCAJE IRLANDES.

Puede ser blanco ó negro segun convenga, empleando trenquillas lisas. El punto de encaje se hace con seda ó hilo, y se copiará fácilmente estudiando detenidamente el modelo.

8 Y 9. DOS SOMBREROS.

El núm. 8 es un sombrero adornado de flores en forma de colgantes. Sobre el borde blanco del sombrero se coloca un biés de faya azul de 20 cents. de ancho, debajo del cual sa-



6. Angulo bordado.

centro de 21 cents. de ancho, de paño matalassé encarnado pompeyano, adornado con bordados circuidos por otra tira de terciopelo verde musgo de 31 cents. Aplicaciones de terciopelo verde musgo liso forman las hojas, y las flores se hacen alternativamente de terciopelo encarnado y verde con aplicaciones de raso.

Hebras de seda de Argel doble, que se fijan de tiempo en tiempo en un punto oblicuo, sujetan las aplicaciones y constituyen los troncos y las venas. Tanto el cordón que rodea la tira como el fleco y las borlas son del color del fondo.

13. TOALLA BORDADA Á LA CRUZ.

Entre los numerosos modelos que venimos dando de esta clase de labor, éste es el más nuevo y el de mayor riqueza. Se ejecuta sobre una tela de grano de arroz, y mide 50 cents. de ancho por 156 de largo, sin la puntilla, que es de 10 cents. Esta última y el entredós, de 22 puntos, es de encaje de palillos bordado con encarnado.

En las tiras bordadas se halla la reproducción original de un pájaro y una flor imaginarios; el fondo se llena de puntos á la cruz con algodón encarnado, respetando el dibujo de la tela.

14 Á 16. ALMOHADON BORDADO.

Materiales: Reps de seda castaño-oscuro (50 cents. cuadrados); cordoncillo de plata, cordoncillo de seda azul claro, azul violado, encarnado violeta, encarnado carmin, naranja y amarillo.

Se ejecuta esta linda labor á punto trenzado ó punto de zurcido, como quiera llamarse, que además de ser muy fácil produce un efecto sorprendente. Se emplea para adornar toda clase de muebles, ya circuido de un cordoncillo de plata como el modelo, ó de una cenefa hecha á punto anudado con seda de Argel. Las figuras del motivo parecen cubiertas de un enrejado de diferentes colores.

Esta labor tiene precisamente que hacerse en bastidor, empleándose con preferencia una tela que tenga cordoncillo, porque permite dividir mejor los hilos para el punto trenzado.

Se hará más fácilmente trazando el dibujo sobre la tela, pero saldrá mejor trasladándolo á un papel de seda, hilvanándolo sobre la tela para arrancarlo despues de concluida la labor. No se pasa á ejecutar el enrejado hasta despues de haber concluido todas las líneas de los contornos, los cuales en nuestro modelo se siguen con un cordoncillo de plata sujeto con algunas puntadas invisibles. El grabado 14 dá el conjunto del modelo de tamaño reducido; el 15 la cuarta parte del centro de tamaño natural, y el 16 la cenefa, tambien de tamaño natural. Para no equivocarse con respecto á los colores y las sombras, se divide el dibujo con un compás en círculos ó zonas, tantos como sean los colores elegidos. Se reservarán cinco círculos para cada color, á partir de la roseta del centro que constituye dibujo por sí sola, y tiene un punto azul claro en medio, rodeado de azul violeta, y luego cenefa naranja. Los intervalos de ésta son azul claro rodeados de carmin.

La parte interior del primero de los cinco círculos es azul claro, del segundo azul violeta, del tercero encarnado violeta, del cuarto naranja y del quinto amarillo. En la figura del centro los hilos de relieve siguen la direccion de los hilos de la tela, bordados en seguida á punto cuadrado regular, esto es, un hilo sobre la aguja y uno debajo. La mezcla de los colores se produce por sí misma en los puntos de transición.

En la cenefa los hilos de relieve toman otra direccion distinta de la tela, como indica el grabado 16. El enrejado en los picos alterna naranja y amarillo: este último color campea igualmente en los intervalos de la cenefa; los festones son carmin, las estrellas azul claro. Estas se empiezan por los rayos, partiendo del centro en número igual y bordando los hilos á punto de encaje.

17. ENTREDÓS BORDADO EN TUL.

Puede bordarse con seda ó algodón para adornar fichús, cuellos, etc.

18. CENEFA BORDADA EN CAÑAMAZO JAVA.

Sirve para adornar muebles y otros diferentes objetos.

19. EN-TOUT-CAS.

La parte superior es negra, y la cenefa de un color fuerte que la rodea, de 8 cents. de ancho, va realzada con un vivo del mismo color, pero de tono más claro. El modelo es negro con cenefa azul marino y vivo azul claro.

El forro es blanco, pero puede ser del color de la cenefa. El mango es de madera clara con puño plateado.

Completa su adorno lazo de cinta de reps encarnada ó azul, ó de ambos colores, siendo del mismo el elástico que ciñe y sujeta la tela.

20. SOMBRERO PARA BAÑO.

El ala ancha de paja calada, forrada de tela azul oscuro ó cachemir, rodea el fondo de hule guarnecido con cintas tambien de hule.

Este sombrero es muy útil para preservar de los rayos del sol cuando hay precision de ir á bañarse á la playa.

21 Y 22. CAMISA DE FRANELA PARA BAÑO.

Sirve lo mismo para señora que para caballero. El patron modelo, grabado 21, en el que están marcadas las medidas exactas, será suficiente á nuestras lectoras para que corten esta camisa de mangas anchas, abierta en los hombros, montada lo mismo que una camisa de dormir.

Generalmente se pega al escote una capucha tambien de franela, redonda ó puntiaguda, para cubrir la cabeza.

Se hace, como decimos más arriba, de franela ó tejido de esponja, adornándola con un galon de lana bordado de color. El escote lleva una vuelta de bridas cruzadas hechas á crochet, por las que se pasa un cordón terminado en borlas.

23. TRAJE PARA BAÑO.

Para este traje véase EL CORREO anterior, 26 de Julio. Es un traje elegante, aunque revela un poco de pretension. Se halla representado en el grabado 47 de dicho número, y su patron se halla en el pliego de patrones del 18 de Julio, por el revés, núm. XV, figs. 48 y 49.

24 Y 25. FALDA Y ESCLAVINA DE FRANELA PARA SALIDA DE BAÑO.

El vestido cierra de arriba abajo sobre el costado con botones y ojales, y forma, juntamente con la esclavina, un traje de negligé ó salto de cama, muy cómodo y útil para viaje y baño. Se hace de franela de color oscuro, lisa ó á rayas, con cenefa festonada, si no se prefiere un adorno más rico. El modelo, grabado 24, es muy elegante y está guarnecido con puntillas y entredoses. Muchos órdenes de pespuntos encarnados sostienen la tela doble, llevando además un lazo de tafetan encarnado.

La falda, grabado 25, de tamaño reducido, descende hasta los pies y consiste en dos paños de 225 cents. de ancho, ligeramente nesgados por delante y en los costados. Las nesgas sirven para sacar la cintura, á la que se montan los dos paños, unidos á un lado por una costura. La esclavina es larga y holgada, cerrando con botones ó cintas.

26. FALDA DE FRANELA.

Estas faldas son muy ajustadas de delante y en los costados; se montan á una cintura estrecha, como la muestra nuestro grabado, para abrocharse luego á la cintura ancha y ceñida, representada en el número anterior, grabado 4. El bajo del modelo, que es de franela blanca, va guarnecido con dos puntillas fruncidas de 6 centímetros de ancho con trasparente de franela azul. Un biés de franela oculta la union de las dos partes del adorno.

27 Y 28. ESTRELLAS DE CINTA Y TRENCILLA.

Sirven para colchas, cubiertas, entredoses y mil objetos de ropa blanca, haciéndolas de mayor ó menor tamaño, segun el uso á que se destinan.

27. *Estrella de trencilla y cinta.*—Se trenza el dibujo sobre un cartón, y se va siguiendo con una cinta de hilo formando los ángulos y sujetándolos con la trencilla y algunos puntos de encaje.

28. *Estrella de cinta.*—El centro es una cinta de algodón de 27 cents. de largo y 1 1/2 de ancho, doblada en veinticuatro partes para las doce hojas; despues se dispone la cinta en serpentina, de modo que forme tres puntas de un hueco al otro, para ejecutar con regularidad las hojitas. La cinta de la cenefa mide 48 cents. de largo, se dobla cuarenta y ocho veces y se dispone como la del centro.

Los dos círculos se unen por medio de algunas puntadas invisibles, y el centro se llena de puntos de encaje.

29 Y 30. FLECOS PARA ADORNAR MUEBLES.

Se emplean como cenefa al borde de un tapete, de un almohadon de cañamazo Java ó un fondo de crochet, principiándolos en la misma tela. El tejido claro que constituye el fondo de nuestros modelos permite que se aprecie de una manera exacta su ejecucion.

31 Á 33. Y 18. VIDE-POCHE.

Bordado sobre cañamazo Java y tul.—Materiales: ca-

ñamazo Java blanco, la nacéfir o, forro y cinta del mismo color.

La parte superior tiene 40 cents. de ancho y 28 de altura; la parte inferior se corta de 50 cents. de largo, para darla las solapas que cierran á ambos lados el vide-poché. El centro está adornado con un entredós de tul griego bordado, con trasparente de color, cuyo modelo dan los números 32 y 33. Luego inmediatamente se ejecuta la cenefa, la cual decora las solapas, y se continúa sobre el fondo liso, juntamente con la cenefa estrecha. El grabado 18 dá de tamaño natural el dibujo de la cenefa, formándose fácilmente el ángulo por medio de los mismos cuadros del dibujo.

El bordado se ejecuta con lana rosa y sirve de trasparente á la cenefa festonada. Lazos del mismo color, de 2 á 3 cents. de ancho. Las dos mitades del vide-poché se unen despues de forradas con un punto por encima hecho con lana.

34. CENEFA BORDADA AL PASADO.

Sirve para adornar diferentes objetos, como asimismo para trajes.

JOAQUINA BALMASEDA.



EN LA CATEDRAL.

MEDITACION.

De gótica catedral
Me place ver los pilares,
Con sus sepulcros y altares,
Desde el coro en un sitial.

Y en sus vidrios de colores,
Del coro sobre la cruz,
Mirar del día la luz
Apagar sus resplandores.

Ó en apartada capilla,
Bajo empolvado blason,
Admirar el panteon
De los nobles de Castilla.

Y en las ya gastadas losas
Descifrar las inscripciones,
Viendo las generaciones
Que reposan silenciosas.

Orgullo, poder y gloria,
Todo lo que el hombre, ansioso
Por lograr, pierde el reposo,
Polvo se torna y escoria.

Desde el rey hasta el villano,
Del palacio á la cabaña,
De la muerte la guadaña
Nada perdona en lo humano.

Pasad, sombras vagarosas,
Sombras que fuisteis ayer
Fuegos fatuos del poder,
¡Pasad ante mí haraposas!

¡Qué os queda en el ataud,
Del mundo tras la jornada?...
Polvo vano, nada, nada,
Si no tuvisteis virtud.

Del alma la pura esencia,
Tras de la mundana historia,
Perfuma con su memoria
La ya pasada existencia.

Luz que espiras en las cumbres,
Triste són de la campana;
Acaso tal vez mañana
Ni te escuche, ni me alumbres.

Pluma nívea, que en el viento
Vuelas pasando á mi vista,
Como la fugaz arista,
Sin escuchar mi lamento;

Del suspiro del amor
La precia melodia,
El que arrulla al alma mia
Con su encanto seductor,

Se apagará, y en el hueco
De una urna funeraria
Tal vez se torne plegaria,
Que gimiendo lleve el eco.

Esos cuadros tan preciados,
De tan rico colorido,
Que el mundo entero ha aplaudido,
En polvo serán trocados.

Magníficas esculturas,
Mármoles resplandecientes,
Que en beldades sorprendentes
Retraéis santas figuras;

Arcadas majestuosas
Que erguidas sobre el cimientó
Os alzais, como un portento,
Sobre las marmóreas losas;

Sonará una hora fatal
En que una generacion
Os arroje en un rincon,
Lanzadas del pedestal.

Aquí el tiempo presuroso
Vuela; es hora de partir,
Que el día ya va á morir.
Os dejo en vuestro reposo.

Del órgano sacrosanto
Escucho el último són,
Que adormece el corazón
Con su misterioso canto;

La luna veo al trasluz
De los vidrios de colores;
Van á dormirse las flores;
Tendió la noche el capuz.

LUISA DURAN DE LEON.

LA PEREZA.

SONETO.

¡Inmóvil! muellemente reclinada,
Las horas cuenta, sin contar ilusa
Cuánto el trabajo vale que rehusa,
Cuánto la vida ociosa malgastada.
Contra Dios altanera rebelada,
Su mandato cumplir constante excusa;
Y ó bien mendiga, ó del festín abusa,
Entre fango ó perfumes anegada.
Ni el bien ejerce, ni del bien se cuida;
No socorre jamás, y nunca reza
Por la ingrata molición envilecida;
Sólo se aburre y sin cesar bosteza....
¡Qué caudal tan mezquino á la otra vida
Llevará irreflexiva la pereza!

AGUSTIN LOBES.

ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

LA OCEANÍA.

I.

La geografía se ha enriquecido recientemente con un nuevo descubrimiento, con la *Península Francisco-José*, en la Oceanía, esa quinta parte del mundo, que abraza la mitad del globo, teniendo el Asia al Norte, la América al Este, el África al Oeste y el Océano Antártico al Sur, midiendo una superficie de 509.000 leguas cuadradas, ocupadas por unos 35 millones de habitantes. La situación astronómica de este país está comprendida entre 34° latitud Norte y 56° latitud Sur, y entre 90° longitud Este y 111° latitud Oeste.

La Oceanía disfruta por su situación geográfica de un clima templado, aunque en cortas temporadas es muy frío por las brisas de la mar que hielan las aguas. Componen esta parte del mundo una infinidad de islas que salpican y tichonan al gran Océano Pacífico. Estas islas, en su mayoría, están llenas de volcanes que no dejan vivir tranquilamente á sus habitantes.

Sus producciones son varias, según la naturaleza del suelo y la variedad del clima, viéndose en sus valles, en sus montes y en sus florestas animales y plantas que corresponden lo mismo á las zonas tropicales que á las templadas.

Sus habitantes se dividen en malayos y oceánicos.

Los malayos son de benévolo carácter, muy aptos para las artes y las ciencias; tienen el rostro redondo, el color moreno y la nariz gruesa.

Los oceánicos negros viven errantes en la abyección y en la miseria y odian todo lo que pueda contribuir á ilustrarlos.

Puede decirse muy bien con respecto á los oceánicos, que son los bárbaros de aquellas apartadas islas.

La Oceanía puede considerarse dividida en cinco grandes regiones, á saber:

1.^a La Oceanía occidental, ó la *Malasia*.

2.^a La Oceanía central, ó la *Malanisia*, conocida también por la *Nueva-Australia* y por la *Nueva-Holanda*.

3.^a La Oceanía oriental, ó *Polinesia*.

4.^a La Oceanía Norte, ó *Micronesia*.

5.^a La Oceanía de Francisco-José, ó la *Helada*.

La primera se compone de las islas de la Sonda, en diferentes archipiélagos, siendo las mayores la de Sumatra, donde están los reinos de Achem, Siak, Padang y Pa, Botovia, Jara, Lumbarva, Amboana, Guilolo, Célebe, Filipinas, Loxon, Banca, Mindana, Mindro, Palavan, Panay, Lamar, Leyte, Negros, Borneo, una de las mayores del globo, y Baly.

La segunda está constituida por las islas más extensas del globo, como son la Australia, Tasmania, Nueva-Guinea, Salamon, Nuevas-Hébridas, Nueva-Caledonia y Vetí, de las cuales los geógrafos apenas si conocen más que las costas.

La tercera está compuesta de muchos grupos de infinitas islas que forman á su vez quince grupos distintos, siendo los más notables los de las islas de Tonga ó de los Amigos, de los Navegantes, de la Sociedad, de Wahan, de Nueva-Zelanda, de Hamva, de Haití, de Pomotú, de Nou-Hiva ó las Marquesas, de Sandwich, de Honorori, de Hawái, de Reggewin y de Malgrave. Estos pequeños archipiélagos hacen un conjunto maravilloso de islas muy fecundas y abundantes por su vegetación incansable, especialmente en Hawái, la isla más grande, no sólo del archipiélago, sino de todas las que constituyen la parte de la Oceanía central ó la Polinesia.

La cuarta, sembrada de reducidas islas, forma varios archipiélagos, conocidos con los nombres de las Carolinas, las Marianas, las Radak, las de Cilberto.

La quinta la constituye el nuevo archipiélago descubierto tres años hace por unos intrépidos navegantes alemanes. Todavía no se conoce este nuevo país, del que no se tienen sino pequeños detalles; pero los navegantes salvados del *Tegetthoff* son bastantes para darlo á conocer á los geógrafos y sabios de nuestros días. Los incidentes de esta expedición, que hoy tiene la singularidad de ocupar la atención pública entre los geógrafos todos, no dejan de tener cierta importancia.

En Junio de 1872, el buque austriaco de vapor y de hélice, *Tegetthoff*, se hizo á la mar desde el puerto de Bremen. Iban á bordo siete oficiales, doce marineros y un fogonero. Esta expedición tenía por objeto explorar los mares al Norte de Nueva-Zembla y de Siberia y buscar el paso por el estrecho de Behring. Mandábanla los señores Weyprecht y Payer, ambos tenientes de la marina de guerra austriaca.

Dos años han transcurrido sin recibir noticias del *Tegetthoff*. Por fin, dos despachos fechados en Warboe, punto septentrional de Noruega, y firmados por Weyprecht y Payer, dieron cuenta del viaje y regreso de la expedición.

El buque se encontró cogido por los hielos y arrastrado al Norte de Nueva-Zembla durante catorce meses, hasta que por fin se detuvo á tres leguas de un país desconocido. Abordaron al nuevo continente, cuya costa S. está situada cerca del paralelo 80, y emprendieron un viaje al interior en trineos. Siete meses duró este viaje. Llegaron hasta los 82° 50' de latitud, y desde las montañas vieron el país hasta más allá del paralelo 83. No pudieron hallar los límites de aquella tierra al N. ni al O. Tal vez se prolongara hasta el polo. En la costa S. parece que hay alguna fauna y flora, y también se encuentra maderá arrastrada por las corrientes marinas. La temperatura máxima en Marzo es de 37° bajo cero Reaumur.

A la vuelta de su expedición por tierra firme, los atrevidos exploradores tuvieron que abandonar el buque, inutilizado á causa de la presión de los hielos, y partieron de nuevo en trineos. Después de una marcha penosísima alcanzaron la fortuna de ser recogidos por una goleta rusa que los trasportó á Warboe, desde donde pidieron permiso al emperador de Austria para llamar al nuevo continente tierra de *Francisco José*.

Las noticias llegadas á Europa en Setiembre del 74 anunciando estos datos fueron las siguientes:

"*Cristiania 4*.—La expedición austriaca á los mares polares ha llegado á Warboe (Noruega). El buque *Tegetthoff* se perdió. Los individuos de la expedición, después de un largo viaje en trineos por los desiertos de hielo, han sido salvados por unos buques rusos."

"*Grunby 5*.—El aereonauta Durnoff y su mujer, que se elevaron en Calais, han llegado aquí. Han sido salvados á cinco leguas de Christiansand por una barca de pescadores, después de haber permanecido dos horas sobre el agua."

"*Viena 8*.—Regresó á Noruega la expedición austriaca al polo Norte, que salió de Europa en 1872.

Sufrió un naufragio y estuvo dos veces entre los hielos polares.

Descubrió al N. de Nueva-Zembla, á más de 80° de latitud, una vasta región completamente helada.

Llegó hasta el grado 82."

De estas noticias resulta que la quinta parte de la Oceanía la compone una vasta península al N. de la Zembla, á unos 80° de latitud, que se extiende hasta el polo, con señales de fauna y flora, y, aunque país despoblado, ofrece condiciones de vida para el hombre, y merece por tanto estudiarse.

II.

La Oceanía en general es un país tan rico como poco conocido. Sus montañas son gigantescas, sus volcanes inmensos, sus rios caudalosos, su clima muy variado y sus productos en la agricultura, la ganadería y la metalurgia abundantísimos.

Darémos aquí algunos detalles para que nuestros lectores conozcan la Oceanía. Sus montañas principales son las siguientes:

NOMBRES.	País á que pertenecen.	Toesas sobre el nivel del mar.
Gounong-Kosumbra..	Sumatra.....	2.347
Monte-ofir.....	Id.....	2.126
Prahen.....	Java.....	2.000
Monte-Cristal.....	Borneo.....	1.300
Volcan Luzon.....	Filipinas.....	1.300
Monte-Lampobatan..	Célebes.....	1.200
Montañas-Azules...	Australia.....	1.600
Alta-Guinea.....	Nueva-Guinea...	2.500
Pico-Egmond.....	Nueva-Zelanda..	1.275
Mouna-Roca.....	Sandwich.....	2.480
Orcena.....	Taiti.....	1.704
Tofea.....	Tonga.....	500
Asuncion.....	Marianas.....	1.000

Los volcanes de la Oceanía se elevan al número de 570, siendo el más notable el que está en la isla de Havrai, y los rios principales son los siguientes:

NOMBRES.	País á que pertenecen.	Dirección.
Morumbidge.....	Nueva-Holanda.	Sur al Este.
Macquarie.....	Id.....	Id.
Lachlan.....	Id.....	Id.
Murag.....	Id.....	Id.
Brisbane.....	Id.....	S.-E. de Holanda
Hauw-Kesburg....	Id.....	Id.
Hunter.....	Id.....	Id.
Shoalhaven.....	Id.....	Id.
Ria de los Cisnes..	Id.....	Oeste.
Kappour.....	Borneo.....	Id.
Bendjer-Massing...	Id.....	Id.
Idragiri.....	Sumatra.....	Oriente.
Solo ó Beng-Awan.	Java.....	Id.
Tajo.....	Luzon.....	Id.
Churiana.....	Célebes.....	Id.

La religión que más sectarios cuenta en los habitantes de la Oceanía es la mahometana. El catolicismo lo siguen los pueblos sometidos á España y Portugal; los de la isla de Moluscas son calvinistas, y la mayoría del país anglicana. El Budhismo y el Tabius, el culto propio de los salvajes y pueblos rurales de la Malasia y de la Polinesia y Micronesia.

El gobierno es en lo general feudal. Nos recuerda la oligarquía privilegiada de los señores nobles de los primeros tiempos del feudalismo en Europa. Sin embargo, hay muchos soberanos electivos y no menos absolutos y hereditarios.

La civilización no ha ejercido por estos países su alta misión, como era de desear, y los pueblos de la Oceanía luchan con la más horrible barbarie! País rico por cuanto eria su suelo aún virgen, porque la naturaleza dá con todo su vigor cuanto puede producir la más pródiga vegetación, apenas si son conocidas del mundo científico y económico las riquezas que tiene ignoradas, hasta para los mismos que en él han nacido.

El conjunto de penínsulas y de islas que forman la Oceanía, es más rico que Europa, al decir de M. de Rienzi, y mayor que África y Asia unidas.

III.

Las investigaciones que el hombre viene haciendo en estos últimos años en las ciencias etnográficas darán por resultado el conocimiento exacto de estos lejanos pueblos, separados de nosotros por la distancia y la civilización. Entre tanto los ingleses siguen explotando todas estas islas, y pueden decir que por el comercio que sostienen con toda la Oceanía tienen en ella la colonización más productiva para la Gran Bretaña.

España, que apenas tiene comunicaciones fáciles para sus posesiones en las islas occidentales y orientales

de la Oceanía, podía disputar estos beneficios a los ingleses, estableciendo la competencia comercial y cuidándose ante todo de facilitar comunicaciones y proteger al comercio español, exportando a las islas parte de nuestras riquezas fabriles y agrícolas.

Pero nuestros Gobiernos no piensan en eso, y sostienen un mando en aquellas islas, que pueden considerarse como colonias españolas, más bien que como provincias.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

PÁGINAS TRISTES.

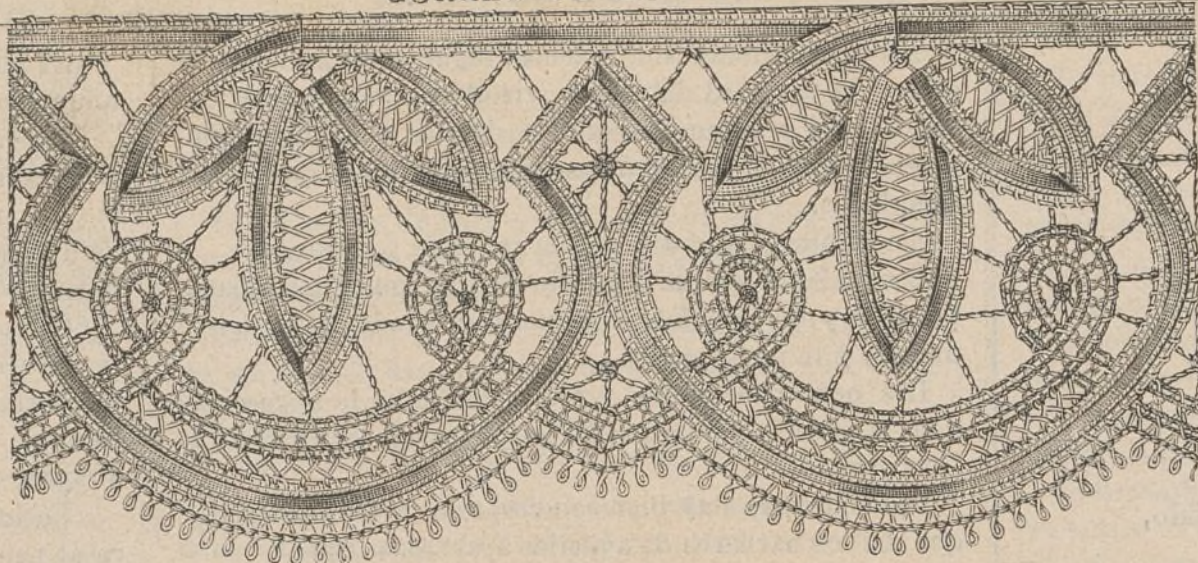
I.

Volved, horas halagadoras, vosotras que arrullásteis la cuna de mis ilusiones y de mi amor. Volved á conmover de nuevo las fibras más conculadas de mi corazón.

Prestad por un momento ¡oh días de completa gloria! vuestro divino encanto á mi corazón ansioso de paz. Desplegad ante mi vista aquellos embelesantes matices trazados por la verdad, que hacían de la tierra un cuadro magnífico, sin que un solo borron desmejorase sus inimitables tintas. ¡Oh, sí! Todo placer, todo armonía, todo sonrisa, no se llora en esas bienhadadas horas, y si se vierte llanto, son lágrimas que no queman; es el rocío de la dicha que refresca nuestro corazón; porque también el placer tiene sus lágrimas dulces cuando el hombre siente un indefinible y colmado bienestar. ¡Horas benditas por el cielo! ¡Cuán gratos son vuestros recuerdos! Mas no puedo exclamar hoy cual antes: ¡Qué bella es la vida del placer!

II.

Arranca el corazón un ¡ay! de sentimiento, y brotan de mi pupila abrasadoras lágrimas, porque los días de amor pasaron veloces cual los juguetones giros de la brisa que acaricia bajo el rosicler de la aurora los aterciopelados pétalos de las perfumadas flores. Huyeron, sí; y en su rápida marcha, ni se detuvieron á recoger el doliente suspiro del que les enviaba su lastimero adiós. ¡Feliz el corazón que creyera que la vida no encerraba tormentos, que su carrera estaba



7. Encaje irlandés.



10. Taburete.



negro. verde. azul. castaño. amarillo encarnado

11. Dibujo típico para la cubierta del taburete, núm. 40.

sembrada de flores, sin pensar que bajo la furia del huracán pueden deshojarse y convertirse en árido erial lo que antes era lozano vergel.

En vano buscan hoy mis ojos el horizonte claro de mis pretéritos placeres; porque al fijarse mi mirada en los bellos dinteles donde antes comenzaba mi dicha, creo divisar en ellos una lápida triste que con negros caracteres me dice: «No pases estos umbrales, porque tus glorias ya no existen aquí. El tiempo las sepultó en un abismo insondable; tal vez no vuelvan á tí.» Si, repito yo, huyó mi felicidad, y la última hora que formó época

en mi historia de lágrimas es por demas triste para que pueda extinguirse en mi su recuerdo.

III.

Era una noche de invierno: el cielo oscurecido por densas y pardas nubes impedía que la plateada luna (ese astro, consuelo del desgraciado en su dolor, inspiración del poeta en las horas de su fantástico idealismo) iluminase desde su elevado trono la superficie de ese mar que circunda y sirve de espejo á la bella ciudad.... Ni una estrella fulguraba en el dilatado espacio del pabellón eterno, y una continuada y menuda lluvia parecía querer ser la compañera de ese llanto que en el triste

9. Sombrero Celina.

pasa tan rápidamente del corazón á los ojos. Con los mios llenos de lágrimas me dirigía lentamente á la plaza; no iba como otras veces, con el corazón satisfecho y arrullado por dulces halagos, á contemplar las bellezas que el Padre universal imprimió en el gran panorama del mundo. Presa el alma de desgarrador sentimiento, iba á pronunciar un adiós, y éste es en ocasiones el término de la alegría, el principio del dolor. Otra mano se enlazó á la mía, en mi suspiro se envolvió otro suspiro, con mi adiós se mezcló otro adiós; y un momento después, las brisas marítimas traían á mí en su revuelto giro un acento, llevando en pos el mio dolorido. Un buque se balancea orgulloso sobre el azulado piélago. Bajo las sombras de la noche se divisan izadas sus blancas velas. En sus mástiles ondulan graciosos gallardetes, y ondea en su popa una bandera. En breve leva sus anclas, surca ligero las aguas, y el eco de mi adiós se pierde entre el rumor del aljofarado oleaje que tras sí describe la quilla. ¡Adiós, patria mía! ¡Adiós, ángel de mi amor!

IV.

Si hay horas que obligan á exclamar: «¡Qué bella es la vida del placer!» hay otras en que sólo podemos decir: «¡Qué triste es la vida del dolor!»

Si hay horas de bendición que parecen anunciar una ventura ilimitada, las hay también de infortunio, en las que senti-

pajo la
y con-
es era
rizonte
que al
anteles
, creo
ne con
s estos
existen
abismo
i. Si,
última

laga; no
con el co-
rrullado
contem-
el Padre
el gran
Presa el
ntimien-
an adios,
término
cipio del
enlazó á
se envol-
adíos se
ento des-
traian á
n acento,
dolorido.
cea orgu-
lado pié-
sombras
se divisan
s blancas
n sus más
ondulan
ciosos ga-
ardetes, y
ondea en
su po-
pa una
bande-
ra. En
reve leva
anclas,
ligero las
y el eco de
se pierde
or del al-
que tras el
¡Adios.
s, ángel de

exclamar:
acer! "hay
ecir: "Que
ue parecen
da, las hay
que senti-



Pl. 322°

1277

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

mos la o
del terrib
algunas
reanima
pulso del
mente se
¡Y cuán
ranza." E



—Ade
estamos
purdanes
tirando
barretina
—Pad
que baje
terrogó
chacha
—A u

tú y M
miéntra
me ade
preveni
tia.
—Pue
padre, y
—No
masiade
do la m
—¡Q
frió Cil
país tan
abad de
como s
—Sí,
—O
—El
en el ci
el carác
Al at
ses, ves
muchac
—¡Q



mos la opresora mano de un destino contrario. Mas á pesar del terrible tormento á que está sujeto mi corazón, yo respiro algunas veces un ambiente dulce y embalsamado que me reanima cuando parece próxima á extinguirse mi vida á impulso del dolor, haciendo risueño el círculo en donde mi mente se reconcentra á recordar y hacer sentir.

¿Y cuál es el nombre de este magnético ambiente? «Esperanza.» Eres tú, flor santa, que naciendo en el seno de Dios,

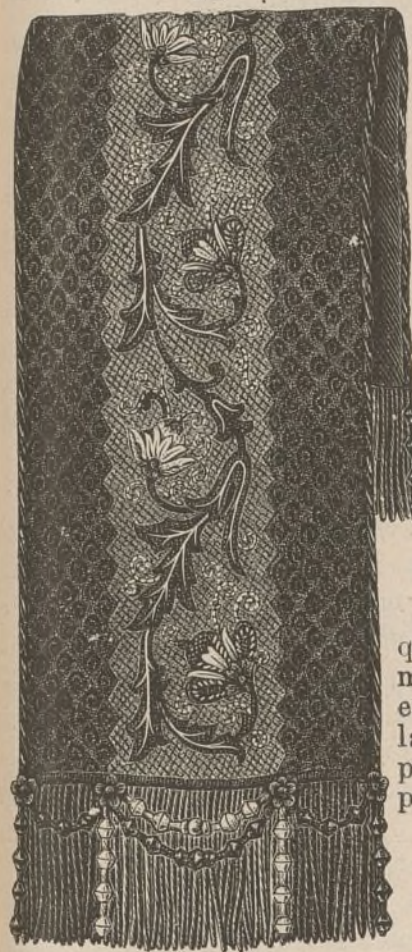
es tu destello encantador el que dilata sus brillantes fulgores iluminando la senda del desgraciado, tus suspiros el éter purísimo que reanima la existencia desfallecida, y tu nombre el lema consolador que llevan en su corazón todos los hombres. Por tí sonrío después del llanto, gozo después del sufrimiento, y espero después de recordar, porque vivo enlazada á tí.

Si el tiempo no me devuelve las deliciosas horas que no olvido, no por eso diré que he sido totalmente desgraciada, pues guiada por tu luz veré siempre en la distancia un cielo de esplendor.

Si para llegar á él es tanta la distancia, que el reloj de mi vida marca el último minuto sin que lo haya podido tocar, exclamaré: «¡Qué consoladora es la vida de la esperanza, cuando perdida la dicha discurremos por la del dolor!»

Madrid 1875.

EMILIA CALÉ
TORRES
DE QUINTERO.



12. Alborn para sillón.

CILA.

II.

ÁNGEL.

—Adelante, Matutina, que estamos ya en la perla ampurdanesa, exclamó Met tirando en alto la roja barretina.

—Padre, ¿quereis que bajemos? interrogó la muchacha.

—Anda

tú y Met, mientras yo me adelanto á prevenir á vuestra tia.

—Pues id con Dios, padre, y hasta luego.

—No os detengais demasiado, encargó estearreando la mula.

—¡Qué cielo más hermoso! profirió Cila; debe parecerse al de aquel país tan bello que describe el padre abad de San Pedro de Besalú, quien, como sabes, ha visto tantas cosas.

—Sí, el cielo de Italia.

—Otro que no está tan lejos.

—El de Andalucía; y no es sólo su semejanza en el cielo; alguna tiene también, según se cuenta, el carácter de sus respectivos moradores.

Al atravesar la plaza de la villa, un grupo de payeses, vestidos en traje de fiesta, interceptó el paso á los dos muchachos.

—¡Qué hermosa! profirió uno.

—Niña, por una hebra de tus cabellos daría un trono si lo tuviera, afirmó otro.

—Ser quisiera el hereu más rico del Ampurdan, y comprar con toda mi fortuna una mirada de tus ojos, añadió un tercero.

El grupo dejó libre el paso. Cila apoyó en el hombro de su hermano, sin cuidarse de disimular la satisfacción que sentía.

En Olot también la requiebaban; pero fue que hallara más fuego y expansión en las lisonjas que acababan de



16. Cenefa para el almohadón núm. 14.



14. Almohadón bordado. (Véanse los núms. 15 y 16.)

que no te reciben con agasajo los ampurdaneses, observó Met deteniéndose.

—¡Santa Virgen de Tura, qué hermoso es Figueras! ¡quién pudiera vivir aquí!

—Pues aquí vas á vivir, aunque sólo sea por pocos días, contestó el muchacho empujándola suavemente hacia un blanco y espacioso portal.

—¿Estamos en casa de nuestra tia?

—Sí, entra.

Después de atravesar el portal y subir como veinte

escalones,

empujaron una puerta que movió un alegre ruido de campanillas y cencerros.

—¡Adelante, adelante! gritó una voz festiva y agasajadora.

Al punto salió á recibirlos, batiendo palmas, una mujer como de cincuenta años, de porte agradable y bondadoso aspecto, quien, arrojándose en brazos de Cila, principió á decir con afectuosa volubilidad y sincero entusiasmo:

—¡Válgame Dios, Cila, qué hermo-



13. Toalla bordada.

sa eres! Pareces un ramo de flores... y ¡qué moza te has hecho! La última vez que te ví eras tan niña... Cuando murió tu pobre madre fué; ¡Dios la tenga en su santa gloria! Pero, hija, ¡cómo te le pareces!

Pues si asimismo la igualas en lo habilidosa y buena, como lo creo, la bendición del Señor lleva contigo el que te tome por mujer... Pero entrad adentro, entrad adentro, que hemos dejado solo á tu padre.

Esto diciendo, condujo á la niña por un estrecho corredor, y, después de bajar unos escalones de madera, entraron en la sala. Estaba ésta amueblada con decencia y sencillez; tenía un balcón con baranda de madera, que daba á la calle, por el cual entraba un rayo de sol que iba á besar los sagrados pies de una Purísima al óleo, de bastante mérito.

—Hermano, recibe el parabien, dijo la locuaz Ana María, que así se llamaba. ¡Tienes una muchacha como una rosa! Cuidado, que aquí hay chicas bonitas; pero como mi sobrina, ninguna.

—No; que tu hijo, según dicen, es un portento, contestó Francesch, haciendo un esfuerzo para corresponder al elogio.

—Un portento es, si señor; más bueno que el pan, hermoso como un serafín, y con más talento que nadie. De chiquito me decían que no vivía por eso; y su padre, que esté en gloria, so-



15. Cuarta parte del dibujo para el almohadón.

17. Entredos bordado en tul.



18. Cenefa bordada sobre canamazo Java, para el Vide-poche núm. 31.

lia exclamar: Ana María, esa flor no cuaja, no dará fruto ni echará raíces. ¡Hijo mío! el Señor me lo ha ido sacando adelante, y ahora está que parece un pino de oro. Pero no creas que abrigue la mayor confianza; á veces le veo tan pálido... Y dígame lo que quiera, su constitucion no es robusta. Y luego, ¡trabaja tanto! Nada ménos que dos mozos cuidan de la huerta, pues siempre le tienes con la azada en la mano; y si la suelta, es para romperse los cascotes aprendiendo cuanto hay que aprender con Fray Ambrosio, un santo varon que tiene en la punta de los dedos todas las cosas que han pasado en el mundo, y así os sabrá dar razon del último rincón de la tierra, como del convento donde vive.

—Tía, queréis decir que sabe la historia y la geografía; algo se me alcanza á mí de eso, dijo Met con orgullo.

—Ya sé, hijo, que tú también eres un mozo de provecho; ven acá, que nada te había dicho aún. ¡Pero tú crees sin vergüenza! ¿Sabes que dentro de nada te hemos de ver bailar en la plaza las *sardanas llargas* y el *contrapás*?

—Pero volviendo á mi Ángel, si es que tiene ese talento que dicen, yo hubiera preferido siguiese una profesion ménos fatigosa que trabajar en el campo; pero él no suelta la *barretina* ni á tres tirones.

—Y ¡qué bien que hace! exclamó Francesch. ¿Dónde hay profesion más noble y honrada que la nuestra? El payés es más que el artesano; igual á los señores, y ménos sólo que Dios y los representantes de su autoridad en la tierra.

—Una cosa así dice mi hijo; pero la verdad es que os matais echando el cuajo, y nadie os lo agradece.

—Te engañas, Ana María; la tierra no es ingrata: por cada gota de sudor con que la regamos, nos regala cien granos de trigo; y luego, ¿dónde hay frentes más nobles que las que ciñe la airosa *barretina*? ¿dónde corazones que más serenos y satisfechos latán, y sueño más sosegado y tranquilo que el del honrado payés? (1).

—Pues mira tú por dónde sabemos de quién ha heredado esas ideas mi hijo; mas que no os hayais visto nunca, las lleva en la masa de la sangre.

—Están en la de todo payés catalán, hermana.

—Sí que es verdad, tía, afirmó Met.

—¡Vaya si lo es! Yo, á pesar de lo dicho, si fuera hombre, había de pensar como vosotros; y mujer y todo, cuando, el día de la fiesta mayor, salgo con mi fina capucha, mis arracadas de plata y mi hebilla al brazo, no me cambiara por una condesa. Pero aún no sabeis de lo que es capaz mi hijo, continuó la buena mujer señalando la hermosa Virgen. ¿Cómo pensarais que ésa fuera obra de un gañán?

Los circunstantes soltaron un grito de asombro.

Pero, no contenta con esto la feliz madre, corrió á descolgarla del clavo para que la admirasen de cerca, que en concepto de la buena mujer debía parecer mejor; pero sus manos, trémulas de gozo y orgullo, dejaron escapar el cuadro, que vino al suelo.

—Hermana, ¡pues no se te parece la imagen ésta! exclamó Met corriendo á levantarla.

—Y no es chanza, afirmó Ana María, mirando alternativamente al cuadro y á la niña; diríase que ha tomado los colores de tu rostro y tus cabellos. A mi hijo le gustan mucho las rubias, como que es él un copito de oro... ¡Válgame Dios, y se ha roto el cuadro! Voy á ocultarlo en seguida; no, no, que este contratiempo aguará la fiesta á mi hijo.

Salió unos momentos con la pintura, y á su vuelta continuó:

—Y lo más gracioso está que aprende las cosas sin maestros; casi puede decirse que nadie le ha enseñado á pintar; él dice que Dios.

La buena mujer tomó aliento, esperando que la dirigieran la palabra; pero todos permanecieron callados.

Francesch se acordaba de sus montañas, de la azada que descansaba aquel día, de la rubia mies que pronto debía segar su mano; Met pensaba en la dicha de ir á la romería, llevando un compañero tan bueno é instruido como Angel, al cual, si poco le había tratado, su corazón entusiasta amaba ya entrañablemente; y Cila, á quien picaba la curiosidad de conocer á su tan alabado primo, sentíase dominada por viva impaciencia.

De pronto oyóse el alegre retintín de campanillas y

cencerros, y acto seguido un apuesto mancebo salvó de un salto los escalones que había á la entrada de la sala, viniendo á quedar á seis pasos de Cila.

A su presencia, ruborizóse la hermosa niña, en tanto que una suave palidez absorbía el leve carmin que coloreaba las mejillas de Angel. Fijos los ojos del uno en los del otro, se contemplaban con muda admiración y religioso éxtasis...

Así permanecieron algunos segundos.

Ni la locuacidad de la buena Ana María, ni la travesura de Met, osaron turbar aquel silencio.

Simultáneamente fué la impresion que recibieron los dos jóvenes: sólo que en Cila fué rápida y violenta, y en Angel dulce y suave, pero profunda.

Cila no había visto nada tan hermoso como su primo: los fornidos y robustos payeses de sus montañas, curtidos por el aire y el sol, no podían, en verdad, compararse. Angel era alto, demasiado alto quizás para que su estatura armonizara con la delicadeza de sus formas; su rostro, sin ser afeminado, tenía una belleza dulce y apacible, á la que servía de marco su blonda cabellera, rubia y brillante como una aureola; sus ojos, de un azul muy claro, y elevados por lo comun, parecían buscar instintivamente su patria, por más que el corazón del bello adolescente, enamorado de la tierra que miraba cubierta de flores, lo amaba todo y en todo se complacía. Hermoso estaba el mancebo con su roja *barretina* y faja de grana, luciendo el airoso traje del payés catalán; pero la imaginación le revestía un ropaje más diáfano, algo aéreo y sutil que no correspondía á los groseros habitantes de este mundo, algo que ella refiere á los espíritus cuyo nombre llevaba.

Separó por fin los ojos de su prima para fijarlos en el sitio que debía ocupar la pintura, y al notar su ausencia dirigióse á su madre, preguntándole con un candor que cuadraba perfectamente con su voz dulce y vibrante, casi infantil:

—Madre, ¿me habeis vestido á la Purísima Virgen de payesa? Os alabo la idea; más hermosa la habeis puesto que salió de mis manos.

—Esta es la prima Cila de Otal, que viene á ver la romería, contestó la interpelada.

—¡Y me habeis dejado ignorar que tengo una prima tan hermosa! Madre, en eso sí que no os alabo.

Y dicho esto, Angel fué á dar á todos la bienvenida.

—Ea, vamos á comer, que se hace tarde, y en breve saldrá la procesion, dijo Ana María.

Todos se levantaron, dirigiéndose al comedor. Era éste una linda habitacion con ventanas á la hermosa y extensa huerta; en el centro había la mesa cubierta de platos amarillos, en medio de los cuales humeaba la olla del abundante *farro* (puches de harina de maíz). Todos se sentaron á ella con soberbio apetito.

Siguióse al *farro* una cazuela de habas verdes aderezadas con anchas rodajas de *butifarra*; y por último, apareció el *rey* de la fiesta; era éste un pato cebado expreso para aquel día.

Hasta aquel punto el silencio había sido general. Francesch nada decía, porque como buen catalán, era hombre de pocas palabras; Ana María, por la ocupación de traer y llevar platos y servir á sus comensales; y Met por la tarea más perentoria aún de mascar á dos carrillos.

En cuanto á los dos primos, entendíanse perfectamente sin decir palabra, y no hablaban nada tampoco.

Mas á la vista del pato, los ojos de Met, que los repetidos tragos del porron comenzaban á encandilar, animáronse extraordinariamente.

—¡Por vida de Sanes, tía, dijo, que esto parece una fiesta Mayor!

—Pues, hijo, haz cuenta que si no la fiesta Mayor de Figueras, fiesta grande es la que, como hoy sucede, van á buscar sus hijos á la rumbosa *pubilla* del Ampurdán, contestó Ana María.

—Yo pensaba, saltó Cila, que á la romería no admitían mujeres.

—¿Qué apostamos á que estás tú rabiando por ir allá del brazo de tu primo? afirmó maliciosamente Met.

Cila se ruborizó, é iba á fulminar una terrible mirada al atrevido niño; pero reparando en su primo que la contemplaba con infinita ternura, dulcificóse la expresion de su semblante hasta el punto de modelar una sonrisa.

—No sería ménos mi dicha en llevar tan hermosa compañera, dijo Angel: ahora sí que siento no admitan mujeres en la romería.

—Pero, ¿y esa *pubilla*?... insistió la muchacha.

—Eslo de todo el Ampurdán, y tiene privilegio.

—¡Siempre privilegios! exclamó Cila con ímpetu. ¡Oh! dichosos los ricos, dichosos!

Francesch miró severamente á su hija, en tanto que los demás soltaban una alegre y franca carcajada.

—¡Tonta! ¿Quién crees tú que sea la *pubilla* de esta tierra? preguntó Met sin dejar de reír.

—Yo ¡qué he de saber! contestó Cila algo mohina; presumo que alguna señora encopetada...

—Y tan encopetada, que no hay quien le ponga meta.

—Con más ruido que mete y más polvo que levanta...

—Que hasta las nubes huyen á su presencia como bandadas de asustadas palomas.

—Y se largan los malos espíritus...

—Ea, no digais más; ya comprendo que la *pubilla* de este país es la tramontana. ¡Vaya una gracia y vaya una *pubilla*! continuó Cila con mal humor. ¿Y esa calamidad es lo que vais á buscar en romería?

—¿Calamidad? No la llames así: sin ella no tendríamos cielo azul, ni salud, ni alegría en el ánimo, opinó Ana María.

—¡Pero es posible, intervino Francesch, que vayais á implorar anualmente á la Santísima Virgen aquello que tantos males os ocasiona, ese verdadero azote de la comarca, que ora arranca de cuajo vuestros árboles, ora desgracia sus tiernas flores malogrando tantos afanes y cuidados?

—Tío, observó Angel, entre dos males, es de cuerdos elegir el menor de ellos. Es cierto que la tramontana ocasiona algun daño en mayor ó menor parte; pero en cambio, ¿cuánto bien no produce? Su vigoroso aliento da fuerza y lozanía á nuestros miembros y ensanche á nuestros pulmones, purifica la atmósfera de toda pestilencia, barre las nubes de nuestro cielo, dándole ese brillo y ese color que acaso no posea otro pueblo del mundo. A veces siento mi pecho oprimido como si una molesta carga pesara sobre mí; salgo entonces al camino de Francia, aspiro con afán las frescas bocanadas que me envía, y mi corazón palpita sin cansancio, y la sangre circula libremente por mis venas. De muchos sé que les sucede otro tanto.

—Lo que es yo, intervino Ana María, nunca estoy tan contenta, ni tengo tan buen ánimo para trabajar, como cuando oigo soplar la regalada tramontana.

—Los antiguos la deificaron, continuó Angel; Aquilon era el solo dios que adoraban y conocían estos pueblos; inundada la llanura de estanques y lagunas, sólo á la tramontana debían la salud y aún la vida. Más tarde, el cristianismo derribó los falsos ídolos, y dando á la tradicion verdadera poesia y belleza, hizo de María, madre de las gracias, la dispensadora de ésta, siempre necesaria á la comarca, obligándose á acudir anualmente en devota romería á las altas simas del Requesens.

—Hermosa tradicion, dijo Francesch.

—Por mi parte, añadió Cila, puede la airosa *pubilla* extender su dominio y su brio por la comarca: ya me he reconciliado con ella.

—Y yo por la mia, intervino Met, prometo, despues de dirigir diariamente mis oraciones á la Santísima Virgen del Tura, de no olvidarme de su advocacion de Nuestra Señora de Requesens ó de la tramontana, como debierais llamarla, para que no deje de regalaros con ella.

—En verdad, dijo Ana María, que todos los de Otal estais locos con vuestra Virgen del Tura.

—Locos estamos, sí; por defender un palmo de su bendito santuario, no hay olotense que no sacrificara mil vidas.

—¿Y es cierto que á un toro se deba el descubrimiento de la imagen?

—Sí, afirmó Francesch tomando la palabra; un toro de la masía la *Caridad* la descubrió entre unas malezas, dando manifestas é inequívocas señales á los hombres de su precioso hallazgo. Construyóse en el sitio mismo una capillita, y en ella se puso á la veneracion de los fieles la santa imagen con el título de Nuestra Señora del Tura (1).

Desde aquel día no ha cesado la Santísima Virgen de demostrar su proteccion á los comarcanos, otorgándoles repetidas y señaladas mercedes; nosotros, por nuestra parte, tenemos á noble orgullo el corresponderle con todo el entusiasmo y cariño de nuestros corazones.

—Ea, basta de conversacion, y á la huerta á comer los postres; que la fruta de la rama á la boca sabe mejor, dijo Ana María.

La corta pero alegre comitiva descendió por una escalita interior á la hermosa huerta.

La buena mujer se apresuró á enseñar á su hermano cuanto contenía, extendiéndose en largos comentarios. Met, encaramado en un corpalento peral, tomó á su cargo la buena accion de aligerarle de su peso, en tanto que los dos primos, que sin saber cómo se hallaron cogidos de la mano, se internaban por la parte que los cuidados de Angel habían convertido en jardín. Reclinado en la tapia, y entre un bosque de pasionarias y madreselvas, le-

(1) Nombre con el cual, segun se cree, en aquella época de bia ser vulgarmente llamado el toro. Por cuatro veces distintas ha tenido que agrandarse el santuario, hasta llegar á ser en 1748, fecha de su última restauracion, uno de los más suntuosos de Cataluña.

vantaba su esbelta copa y extendía sus ramas un jazminero, al pie del cual se veía un asiento rústico.

Los dos jóvenes lo ocuparon en silencio.

Trascurrieron algunos segundos.

Cila tenía sus grandes ojos fijos en su primo y aspiraba con afán las suaves emanaciones del jazminero, cuyas ramas bajaban á coronar su frente. Angel la contemplaba embelesado.

—¿No quieres ver la huerta? preguntóle al fin.

—Como tú prefieras, contestó la niña saliendo de su abstracción.

—Yo sólo prefiero aquello que tú desees, prima mía.

—¿De veras? interrogó ella, más que con la palabra con la penetrante mirada que fijó en el mancebo.

—Te lo aseguro.

—¿Y si te cojo la palabra?

—Tendré en ello un placer, mi hermosa incrédula.

—Pues bien, dijo Cila irguiendo su altiva frente; no quiero que vayas á la romería de Requesens.

—Imposible.

Cila lanzó una sonora carcajada, pero volvió el rostro para ocultar su despecho. En seguida dijo sin dejar la risa:

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA.

Valence et Valladolid, nouvelles études sur l'Espagne par M. Antoine Latour. Paris, 1877: un vol. in-18.

No hace muchos días que con motivo del fallecimiento de la distinguida novelista española doña Cecilia Bohl de Faver, conocida en la república literaria con el pseudónimo de Fernán Caballero, vió la luz pública en las columnas del periódico parisien *Le Français* un bellísimo artículo dedicado á la memoria de esta ilustre escritora, que nos apresuramos á traducir é insertar.

Hoy, el mismo publicista, honra de su patria y uno de los más notabilísimos representantes del ciclo de oro para la literatura francesa, que inauguró la revolución de Julio del año de 1830, acaba de dar á la estampa una obra encantadora y por demás curiosa, consagrada exclusivamente á nuestra patria.

Estamos seguros que nuestros lectores habrán ya pronunciado el nombre, grato para oídos españoles, de Monsieur Antonio Latour.

Compónese este precioso volumen, que tenemos á la vista, de dos viajes efectuados, uno á Valencia, el otro á Valladolid, de una autobiografía comentada de la Monja-Alférez y un artículo referente á *Las Batuecas*.

Ávido por contemplar en su belleza meridional la ciudad en que se desarrolló la heroica madurez y la robusta y majestuosa ancianidad del Cid, una noche del mes de Mayo del año 1862, M. Latour, provisto de algunas notas y de un ligerísimo equipaje, toma el camino de hierro en Aranjuez para dirigirse á las orillas del Tura.

Discurriendo con una hermana de la Caridad que la suerte le había dado por compañera de viaje, olvida que en Almansa debía cambiar de tren, y continúa su camino sin notar que el nombre de las estaciones no respondía á las de su itinerario.

De pronto ve ante sus ojos el mar.

—¡Ah! exclama entusiasmado; al fin llegué, aunque no creía el mar tan próximo á Valencia. No sé dónde había leído que éste se hallaba separado por un pantano que terminaba en el puerto.

Se encontraba en Alicante.

Después de algunas horas perdidas, pisa por fin nuestro viajero la capital del reino de Abdel-Asiz, sobrino del gran Almanzor.

El espectáculo que presenta la hija predilecta de Don Jaime á M. Latour, no puede ser más encantador y bello.

En efecto, en la primera sonrisa de una madre á su hija, de una hija á su madre, hay una cosa eminentemente simpática y religiosa: este mismo efecto produce, al salir la aurora, la sonrisa del cielo que contempla á Valencia, la sonrisa de Valencia cuando se inclina reverentemente ante la majestad del cielo.

Un sol radiante reparte entonces sobre ella ondas de luz, y cada rayo, especie de emanación divina, lleva consigo dichas, esperanzas, fecundidad, placeres.

Aquí los captus abren sus corolas de púrpura y de oro, las *caryophyllae* balancean al viento sus tallos, y sacuden su pólen los iris; allá algunos millares de pájaros entregan á los céfiros su voz argentina y sus alas abigarradas de cambiantes colores, mientras que los cabreros en la cima de las montañas, los pastores en las llanuras, los leñadores en el fondo de los bosques, el marinero sobre su navío, elevan desde el fondo de su alma un himno al Criador. A lo largo de la costa marítima, desde Santa Pola hasta Peñíscola, diríase que el

antiguo reino de Valencia se asemeja á una guirnalda flotante, compuesta de gallardetes izados en los mástiles de las barcas pescadoras; mientras que en la ribera aparece una población alegre, cuya existencia incierta, abandonada á las ondas como la cuna de Moisés, flota sin cesar entre dos inmensidades: la inmensidad del cielo y la inmensidad del mar.

Aquí, cada siglo, tumultuosa caravana ha pasado con un pié tan ligero, que apenas ha dejado señales más que en los rostros; pero detrás de los siglos, ciertos trajes, ciertas costumbres han quedado como tantos otros equipajes olvidados en la rapidez de una huida que el tiempo precipita como vencedor. Las edades venidas después han utilizado estos despojos, respetado el carácter tradicional cuyas señales guardaban, y arreglado para su uso un vestido, ya griego, ya fenicio, ya cartagines, ya romano ó galo, ya gótico ó árabe, según el origen de los pasajeros que los siglos han paseado en otro tiempo en pos de su séquito.

Instalado, pues, M. Latour en Valencia, lo primero que desea ver es el Tribunal de las Aguas, cuyas sesiones se celebran bajo la puerta de los Apóstoles de la catedral; de allí sube al Miquelste, para admirar el magnífico espectáculo de su huerta y embriagarse con el azul del cielo, el azul más pálido del Mediterráneo, y el verdor de los campos; después visita la catedral, el Temple, la casa en que nació San Vicente Ferrer, la Lonja, la Audiencia, el Museo y la Alameda.

Como no podía menos de suceder, por último se dirige á Sagunto, cuyas ruinas, harto célebres como las de las orillas del Scamandro, esperan aún la lira de otro Homero que las cante cual merecen.

Sentado sobre los restos de lo que un tiempo fué teatro romano, recuerda otros restos no menos célebres, esparcidos á todos los vientos del destino por las manos crueles de un héroe de la antigua Ausonia, el gran Scipion, y sumergido en los recuerdos de lo pasado, los ilustres actores de aquella tragedia nacional, tomando cuerpo y figura, vienen, uno después de otro, á desfilar sobre la escena ante él, deteniéndose al pasar para decir algunas palabras del destino sombrío de su patria á los espectadores invisibles. En efecto, el drama *La Numancia*, de Cervantes, se representa ante los ojos de M. Latour con toda la augusta y terrible majestad de tan sublime catástrofe. En esta obra del Manco de Lepanto, hoy casi olvidada por nuestros contemporáneos, parece que se respira algo de aquel acento guerrero, de aquella inmensa gloria que responde al través de los siglos al varonil acento de las tragedias de Sófocles y Esquilo.

Pero si en Valencia nuestro eruditísimo viajero buscaba á San Vicente Ferrer, en Valladolid sus investigaciones se dirigen sólo á satisfacer sus recuerdos de Cervantes, Cristóbal Colon y condestable D. Alvaro de Luna.

El rápido bosquejo que presenta de la antigua corte de España, las consideraciones que le acompañan y la gracia del estilo con que está escrito, forman un conjunto tan bellísimo é incomparable, que bastaría, á falta de otros méritos alcanzados en buena lid por sus notabilísimos trabajos anteriores, para formar la reputación de un escritor de primer orden.

El contraste que entraña la historia de Valladolid, como sus grandezas y adversidades, dibujadas de mano maestra por M. Latour, serán para todo español páginas queridas, pues en su suelo se cobijaron los hombres de imaginación ardiente, atormentados de nuevas pasiones, de nuevos deseos, que buscaron una nueva tierra para plantar en ella su tienda, como si el antiguo mundo fuera mezquino asilo para sus levantadas aspiraciones.

Entonces fué cuando las carabelas de Cristóbal Colon partieron de las riberas andaluzas; vientos desconocidos hincharon sus velas, como hincharon las alas de la inteligencia; con ellas llevaban la esperanza de muchas generaciones, y la humanidad llegó á sentarse en las orillas esperando otros destinos, esperando inquieta que del seno de las olas surgiera el grito de "tierra" que le revelara un mundo.

Ésta era la disposición de los ánimos en el momento en que retumbó el huracán de las conquistas trasatlánticas.

El entusiasmo fué universal.

España entera se animó; levantáronse los puentes levadizos; las dagas afiladas resplandecieron; la bandera señorial flotó en las almenas; la dama castellana apareció con vestidos largos de ceremonia, teniendo al costado el galgo fiel y en la mano el halcón que gritaba vigoroso; los trotones de batalla, ricamente encapazonados, relinchando en el patio de espera; la copa de los festines se vació en casa de los pobres como en casa de los grandes; el zumbido de las campanas vino á mezclarse á la alegría de las calles, y vestido con su cota de mallas, cargado de su pesada armadura, levantóse el pueblo esperando la señal de expediciones lejanas.

¿Quién dió la señal? ¿Vino del cielo, ó del infierno?

La orden de marcha fué dada por el ángel de la muerte anunciando á la Edad-media que su reinado había concluido y que no le quedaba que hacer otra cosa que descender al sepulcro de piedra tallado con sus mismas manos en cinco siglos, ó bien la palabra suprema fué pronunciada por el ángel de la vida abriendo el Renacimiento una puerta de mármol bajo la cual se apiña el cortejo de los grandes hombres que la preceden y de los grandes hombres que la siguen? ¿Se trataba de llevar el Evangelio á las naciones salvajes y hacerlas sucesivamente sentarse á los santos banquetes del Cordero sin mancha, ó bien se quería la explotación inhumana del hombre por el hombre, la investigación aventurera de riquezas ficticias substituidas á las riquezas reales que la Metrópoli sacaba de sí misma?

Cualquiera que fuese el pensamiento de nuestros padres y la inspiración de lo alto, el punto de partida no fué por eso menos digno del mayor interés; porque ante la civilización se abría una ancha vía, y muy pronto debía opearse la alianza fecunda de las maravillas de la naturaleza en otro hemisferio con las maravillas de la ciencia y de la industria.

Para cantar semejante *hosanna*, todas las iglesias revisitaron sus cortinajes, todas las calles se adornaron y, para cerrar mejor su imperio, la Edad-media, cuya vida fué una marcha triunfal al través del tiempo, parecía haber querido tomar sus mejores y más suntuosos adornos, evocar sus ilustraciones, mostrar sus pompas. Las poblaciones del litoral, las poblaciones del interior, sobre todo Valladolid, adornadas de trajes cortados sobre patrones antiguos, acompañaban á la Edad-media.

En pos de este imponente cortejo marchaba una mujer noble y orgullosa, tez pálida, cabellos de ébano, pupila de fuego; en su frente brillaba una diadema de oro; en los paños de su ropaje, tejido de plata, púrpura y seda, pendían los escudos de sus armas; muchos monarcas sostenían la cola de su pesado manto azul; ante ella ocho pajes tenían las ocho coronas de Navarra, Castilla, Aragón, León, Asturias, Córdoba, Granada y Murcia; cuatro caballeros llevaban en cojines, éste la espada con la mano de la justicia, aquél el casco de oro de ondulante cimera; un tercero las espuelas con las ruedecillas estrelladas; un cuarto la bruñida coraza; después venía su negro corcel, blanco de espuma, que piafaba, impaciente del freno; sus escuderos, sus halcones de honor, sus poetas, sus limosneros, sus ministros, sus juglares; mujer admirable, cuya fisonomía apasionada expresaba las revoluciones, la nobleza del valor, la altura de sus ideas, la energía del deseo; mujer que con una mirada levantaba tempestades sociales, y con una sonrisa daba la paz al mundo: ésta era España.

Sus respetuosos hijos esmaltaban con flores los tapices que ella pisaba, celebrando á porfía su gloria; aquí Spartacus trayendo los haces de las águilas romanas que había vencido; Lucano con el manuscrito de su *Farsalia*; Marcial con sus epigramas; Séneca con sus tragedias más léjos, en un grupo de árabes, Abulcacer, Avicena, Averroes, depositando á sus pies sus obras, que hacen entreabrir sus labios con una sonrisa; allá el pueblo con los romances del Cid, el Sabio rey D. Alfonso con sus Cantigas y su Código; que acepta con gratitud, mientras que tiende una mano protectora á los artistas que en millares de iglesias han idealizado la oración, materializado la letra del dogma para hacerla palpable, y que han transportado de su alma, sobre el mármol y sobre el lienzo, las creencias tan puras, los motivos de consuelo tan dulces que la religión inspira.

Éste es el espectáculo que M. Latour desarrolla ante los ojos de sus lectores con un *savoir faire* inimitable, y en cuyo desenvolvimiento, como una perla preciosa en un riquísimo y afiligranado engaste de oro, se halla Cervantes y su famoso proceso, que valió al inmortal autor de *Don Quijote* una prisión por algún tiempo.

Después de la narración deliciosa de Valladolid siguen *La Monja-Alférez* y *Las Batuecas*, ambos episodios escritos con ese gracejo de lenguaje que es una dicha para el que lo lee, y acompañados de observaciones y comentarios curiosos y eruditísimos, presentados con una tal discreción y sobriedad, que puede afirmarse, sin miedo de verse desmentido, que son un perfecto y acabado modelo del bien hablar, merecedor del aplauso de todos.

Tal es la obra de M. Antonio Latour, obra elegante y exquisita, y á la que, para no faltar nada en su avaloramiento y hacerla más recomendable á todos los amantes de lo bueno y de lo bello, acompaña y sirve como de prólogo ó introducción un sentido y afectuoso artículo dedicado á la memoria de Fernán Caballero, de la escritora insigne que aún lloran en amargo duelo las letras españolas, y cuyo recuerdo desaparecerá tarde de la posteridad.

VICENTE CUENCA.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

RICARDO DE LA VEGA Y OREIRO.

Este conocido escritor nació el 7 de Febrero de 1840. Poco digno de mencion, que yo sepa, pues hablo por referencia nada más, y no por datos que me haya proporcionado el ni otro alguno; poco digno de mencion, repito, hasta 1863, que fué nombrado auxiliar del Ministerio de Fomento; no puede decirse más, que se hizo bachiller en filosofía.

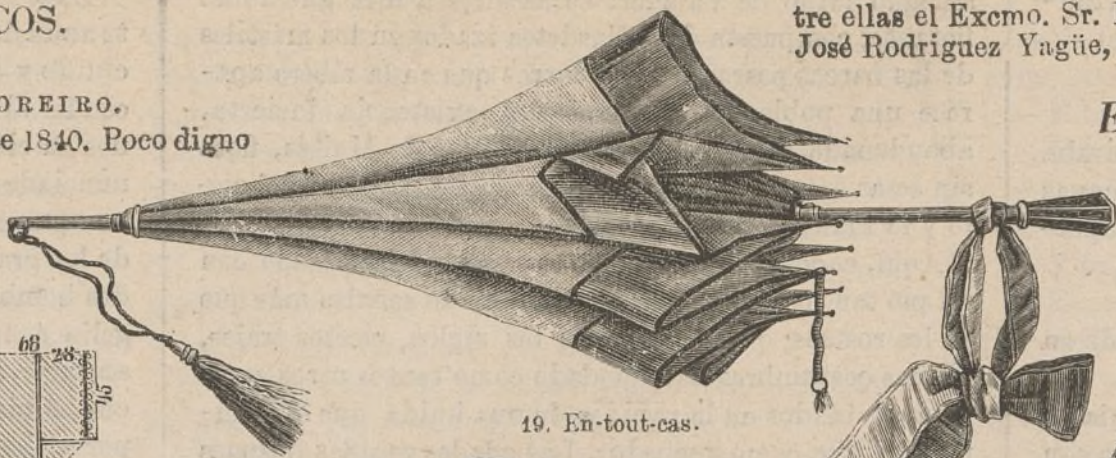
Auxiliar del Ministerio de Fomento hasta la revolución de 1868, desempeñó su cargo con una gran asiduidad, mereciendo el aprecio de sus jefes y compañeros.

Durante el interregno revolucionario, y por los años de 1871 á 1872, si mi memoria no es infiel, se publicaba en esta corte un periódico denominado *El Diario del Pueblo*, del cual fué redactor Ricardo de la Vega, como igualmente del periódico diario político alfonsoino *La Restauración*.

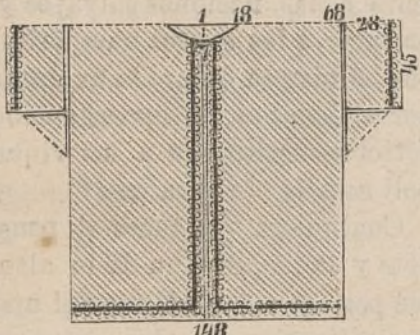
Como autor dramático tiene una zarzuela intitulada *Frasquito*; otra, *Los dos primos*; otra idem en tres actos, *El galán incógnito*; otra más en un acto, *El paciente Job*; la aplaudida y popular revista bufo-política *Los cuatro sacristanes*; la comedia *El sobrino de mi tío*; los juguetes *Un caballero andante*, *El perro del capitán*, *Providencias judiciales*, *Los baños del Manzanares*, *A la puerta de la iglesia*; la revista *Una jaula de locos* y el sainete *Café de la Libertad*.

En la actualidad está terminando otras varias obras, una en dos actos, original y en verso, con destino al teatro de los Jardines del Buen Retiro.

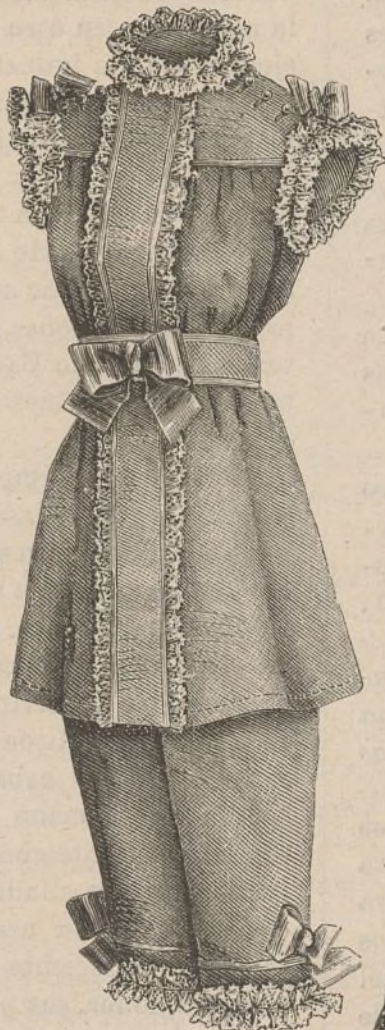
Con lo que le producen la propiedad de sus obras y el sueldo que tiene como oficial mayor del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio vive modestamente el autor dramático que ha logrado dar á la mayoría de sus producciones un carácter sencillez y agradable, que, sin estar basadas en los grandes hechos, sino sola y simplemente en los actos más triviales de la vida real, ha logrado hacer renacer el género que inmortalizó á Don Ramon de la Cruz.



19. En-tout-cas.



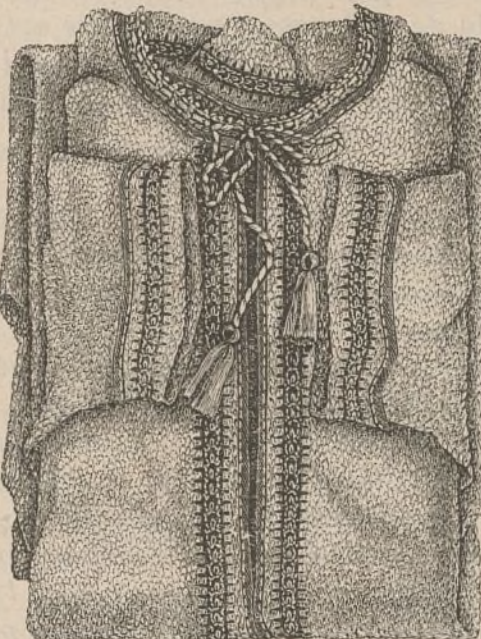
21. Camisa de franela para baño.



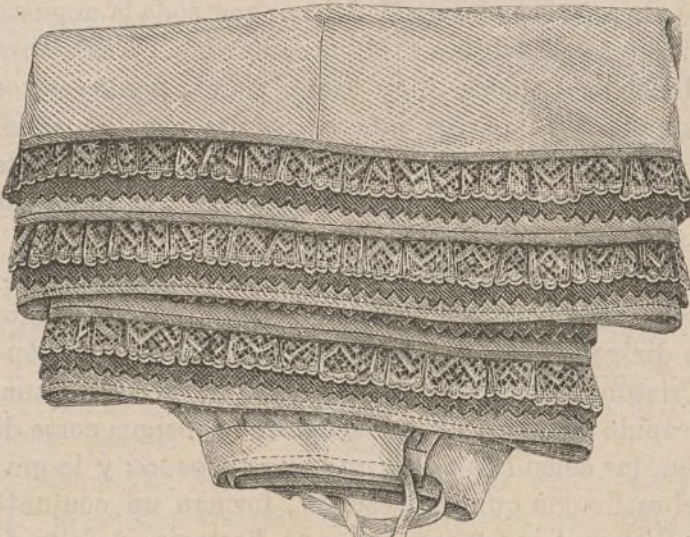
23. Traje de baño.



20. Sombrero para baño.



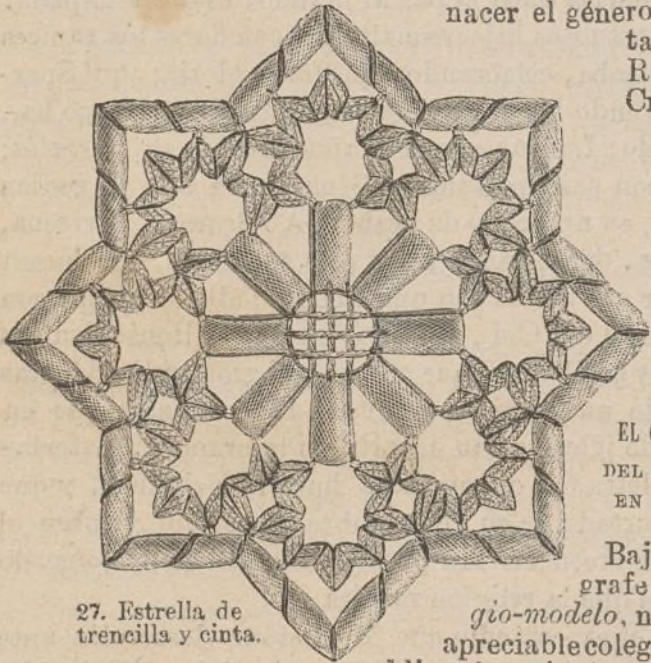
22. Camisa de franela para baño.



24. Falda con esclavina de franela para salida de baño.



25. Falda extendida de la salida de baño núm. 24.



27. Estrella de trencilla y cinta.



29. Cenefa y fleco para sillas.

EL COLEGIO DEL ROSARIO EN BEJAR.

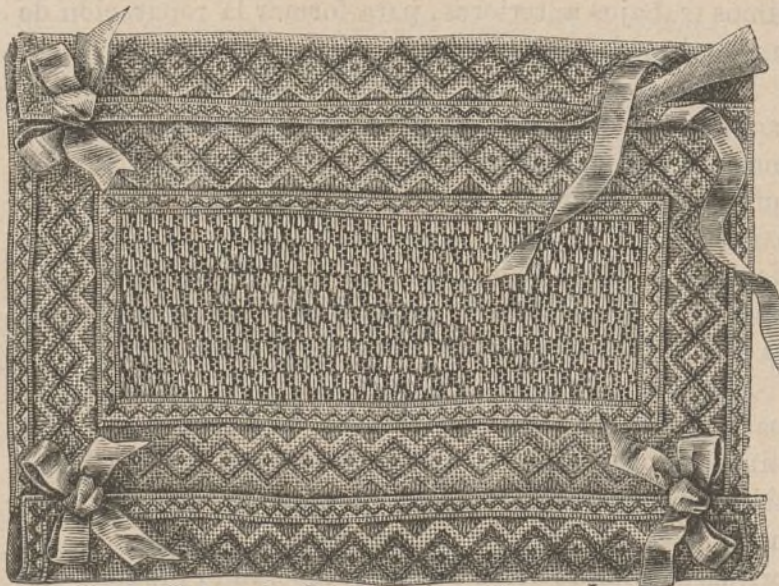
Bajo el epigrafe de *Colegio-modelo*, nuestro apreciable colega *El Eco* publica las siguientes líneas que nosotros nos apresuramos á reproducir en *EL CORREO DE LA MODA*:

"No hace muchos dias que hemos tenido el gusto de visitar el *Colegio del Rosario*, establecido en la ciudad de Béjar desde 1860 bajo la entendida direccion de la ilustrada profesora de instruccion primaria superior Doña Rosario Montanez de Moreno, directora que ha sido en la misma ciudad de la escuela pública de niñas, declarada *Escuela-modelo* por la Excm. Diputacion de Salamanca, y premiada con medalla de oro por el Ayuntamiento bejarano, como pago á su progreso y á su constante amor á la enseñanza.

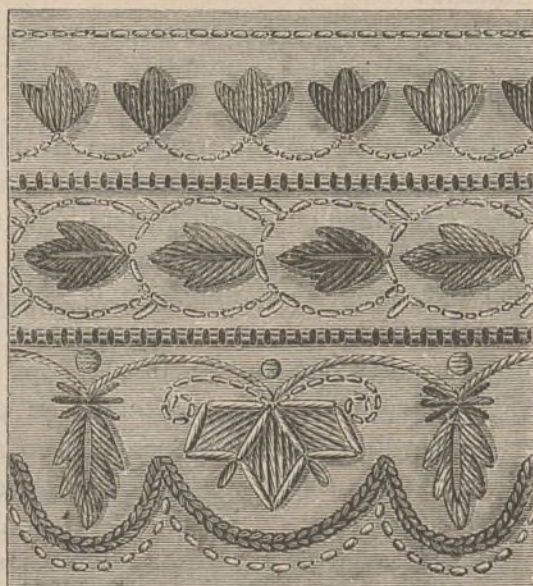
El *Colegio del Rosario* es uno de los más notables centros de enseñanza que existen en la provincia de Salamanca. Asi lo han declarado el Excmo. Sr. Inspector general de Instruccion pública D. Vicente Barrantes y el Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia en la visita que ambos señores hicieron á dicho colegio en 1876 y 1877, como tambien otras muchas personas de autoridad en las letras, en-



32. Fondo bordado sobre tul para el Vide-poche núm. 31.



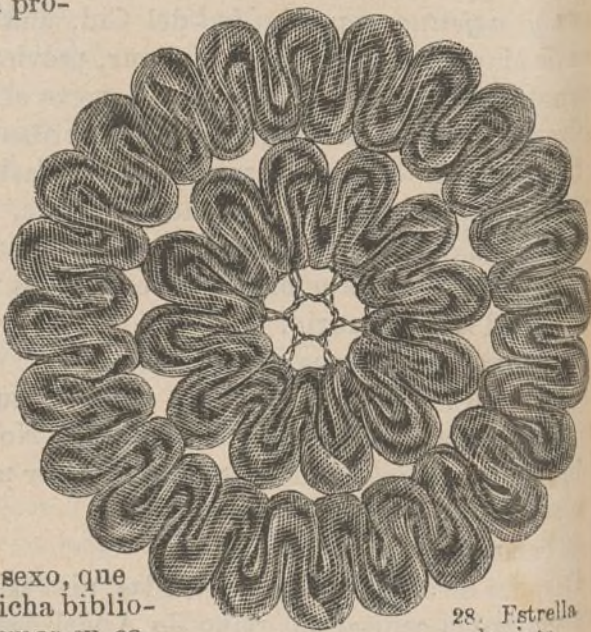
31. Vide-poche. Bordado sobre cañamazo Java (Véanse los núms. 32, 33 y 18.)



34. Cenefa bordada al pasado con lanas de color.



33. Fondo bordado sobre tul para el Vide-poche núm. 31.



28. Estrella de cinta.



30. Cenefa y fleco para sillas.

tre ellas el Excmo. Sr. D. Nicolas Diaz y Perez, escritor público, y Don José Rodriguez Yagüe, que tambien lo visitaron en el año anterior.

Explicacion del figurin 1277.

FIG. 1.^a—*Traje para paseo*.—Este gracioso y elegante traje se compone de túnica de rayas atravesadas, con los costadillos y delanteros de tela lisa del color del fondo, y falda lisa guarnecida por abajo con un pliegado azul y un rizado de la tela á rayas con cabecita azul. La túnica, terminada por fleco, con la cabeza de las borlas azules, va recogida con lazos azules y encarnados y carteras con solapas azules. El mismo adorno se repite en el escote y las mangas. Sombrero con diadema de gasa azul bordada, que se recoge por atras dentro de un aro de acero y descende en lazadas sobre la espalda, y fondo de gasa blanca realzado con plumas blancas.

FIG. 2.^a—*Traje de amazona*.—Es de paño de damas ó cachemir azul oscuro, con cuerpo-frac y mangas ajustadas. Cuello y puños de batista. Sombrero alto de terciopelo azul oscuro. Estos trajes de talle largo y ajustado requieren, para sentar bien, los excelentes corsés que fabrica Madama Grand, Espoz y Mina, 11, tienda de *La Guirnalda*.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tercer tomo de la segunda serie, con la nueva edicion de

LOS MARTIRES DEL AMOR

Novela original

DE TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en las principales librerías. En provincias, 5 rs. Pedidos á esta Administracion ó al autor, calle

de Claudio Coello, 13.

Tomando la coleccion de *Cuentos de salon* de T. Guerrero, 11 tomos, 34 rs. en Madrid y 40 en provincias.

BIBLIOTECA DE LA FAMILIA.

Habiendo recibido ya de París las preciosas obras de Madame d'Alqui, escrita en francés, y tan útiles á nuestro sexo, que componen dicha biblioteca, lo ponemos en conocimiento de nuestras lectoras, y principalmente de aquellas que ya nos las habian pedido, manifestándonos sus precios, que son los siguientes:

Le soir vivre, un tomo.
La science du monde, idem.
La science de la vie, idem.
Le Maître et Maître de maison, un tomo.

Cada uno de estos tomos, 5 pesetas en Madrid; y remitidos á provincias, certificados y francos de porte, 6 pesetas.

Fortune et ruine. Coleccion de novelitas destinadas á las jóvenes, 2 tomos.

L'Heritière de Santa-Fe. Novela descriptiva del desierto americano, idem, 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias, igualmente certificados y francos de porte.

Dentelle irlandaise, un tomo, 2 pesetas en Madrid y 3 en provincias, con las mismas condiciones.

Todas estas obras han sido premiadas con medallas honoríficas, por distintas Corporaciones oficiales.